



# PRÓLOGO



«**L**os olvidados, los que retumban en la memoria, los perseguidos (...), las que jamás volvieron a ver a sus hijos...». Así empieza el cantautor Pedro Pastor una de sus últimas canciones. Con ella da voz a los olvidados: a quienes fueron referentes para construir la primera democracia en la Historia de España, sufrieron la represión (las desapariciones, los fusilamientos, el exilio, las depuraciones laborales, las violaciones sexuales...) y resistieron a la dictadura. Y aunque ya nada volvió a ser igual, siguieron dibujando la esperanza de una sociedad mejor.

Este libro, *Has regresado, viejo amigo*, es un canto a la memoria de esos olvidados, a la necesidad de recorrer nuestro pasado reciente para conocer sus lazos presentes y futuros. Sandra Franco Álvarez y Juan José Monzón Gil le ponen letra a unas vidas entrecruzadas, que dan continuación a *El reloj de Elwinga*.

Las historias que se narran en este segundo volumen son una demostración viva de la memoria; de la importancia de recordar; de conocer; de saber; de pensar... En su conjunto son un ejercicio de ciudadanía y de responsabilidad histórica para recorrer el apasionante siglo XX.

Ambas novelas reflejan el interés por la vida de las personas, como se aprecia en cada uno de sus personajes: Moshé Abramsky, Sophie Vogel, Josefina Expósito, Julia, Janina... Todos estos personajes viven (vivieron) en un contexto histórico que mediatizó sus vidas

cotidianas y futuras. No se entendería qué hacen sin saber el por qué, el para qué, el cómo o el cuándo.

De modo que se puede decir que los autores han construido un relato narrativo sobre la Historia, o mejor dicho, sobre las historias de personas anónimas que pasaron por todo tipo de conflictos internos y de situaciones externas que influyeron en sus vidas: la Guerra Civil, el franquismo o la Segunda Guerra Mundial, en adelante IIGM.

Desde que escuché esta frase, no dejo de pensar en ella: «La vida es un mientras tanto que pasa deprisa» (Carlos Goñi). Y en este libro, como en otros que miran a ese pasado no tan lejano, nuestra existencia pasa en ese mientras tanto. No obstante, la historiografía está llena de categorías, conceptos y definiciones de cada uno de los períodos que analiza... Mientras, la vida de las personas se sucede (se sucedía). Buscamos respuestas a múltiples preguntas sobre lo que significan sus actitudes y comportamientos, las decisiones de grandes políticos; la evolución de las instituciones; la estadística; la demografía; etc. Y mientras tanto, la vida de las personas sigue con sus tragedias; la supervivencia cotidiana; las relaciones humanas... Eso es lo que consiguen integrar los autores de esta novela histórica: contexto y vivencias personales cotidianas.

En este libro, a diferencia del anterior, Sandra y Juan José han ampliado la cronología. Si bien, la historia en *El reloj de Elwinga* se desarrolla entre 1931 y 1945. En

cambio, en *Has regresado, viejo amigo* se trata de una travesía en el tiempo, como bien se indica al inicio del primer capítulo (desde el siglo XV al XX, con vocación de unir orígenes, causas y consecuencias, tan importantes para investigar y narrar con rigor nuestro pasado).

A pesar de esa amplitud cronológica, esta obra encaja perfectamente en lo que el historiador británico, Eric Hobsbawm, denominó «el corto siglo XX». Es decir, el período de 77 años comprendido desde 1914 a 1991, entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y la caída de la Unión Soviética. Hobsbawm hablaba del «largo siglo XIX» para el período que iba desde 1789 hasta 1914.

Otro historiador británico, Ian Kershaw afirmó que, «durante el resto del siglo XX, Europa no se desharía nunca del hedor de la espantosa inhumanidad de los años de la guerra». Había sido corto, pero violento y cruel. Quizás, en este sentido, nada diferente del devenir de la historia de la Humanidad. Pero su capacidad de atracción y su potencia visual está fuera de todo control. Y en este caso no es menos: *Has regresado, viejo amigo* es un libro humano para una etapa inhumana, que pone especial énfasis en hablar de la supervivencia, de las ausencias y de la esperanza.

Lo que se observa con claridad entre estas dos novelas es como Europa, el mundo, vivió un período de ruptura. Mientras los años 20 y 30 habían alumbrado algunas experiencias democráticas y reformistas, lo que vino después fue todo lo contrario. En España, la

Segunda República, representó la mayor expresión de reformismo y democracia, frente al auge del fascismo y la imposición de una España tradicional, católica y autoritaria. En Alemania, el nazismo creció en oposición al reformismo, la libertad y la democracia de la República de Weimar. La brutalidad de los nacionalsocialistas con los campos de concentración, la violencia, el asesinato sistemático y la uniformidad de la sociedad se impusieron. Luego, vinieron los sueños perdidos en el exilio, el miedo, las luchas de la resistencia, etc. Estos fenómenos están asociados, unos y otros, y se ponen en valor en este libro, que tiene la virtud de integrar distintas historias con un tronco común: el impacto de las guerras y las dictaduras en las personas; el desmoronamiento de sus vidas y su capacidad de resistencia frente a todo.

Cronología corta para un espacio muy amplio: España, Alemania, Francia, Argentina... El impacto de la IIGM y de la propia guerra civil española trascendió sus fronteras. Solidaridad, miedo, luchas compartidas, sufrimiento... Nuevos territorios y una visión integradora del drama humano se unen también en este libro. Lo hacen enlazando experiencias tan dispares: el judío Moshé Abramsky o la alemana Sophie Vogel entrarán en contacto en las siguientes páginas con nuevos personajes, que contribuirán a su enriquecimiento personal, pero además a plantearse nuevos interrogantes, a darse

cuenta de sus contradicciones; a vivir, en definitiva, aunque el contexto no sea el más propicio.

Todo ello permite a Sandra y a Juan José tejer, como digo, unas historias personales que no se entenderían sin algunos hechos paralelos, intrínsecamente unidos al conflicto español y a la IIGM. Podríamos decirlo de otra manera, quizás menos técnica, pero no menos certera: «ganaron los nacionales, perdieron los españoles» (era 1964 y lo cantó en la clandestinidad Chicho Sánchez Ferlosio). Y eso explica lo que vino después... Tantas cosas.

Esa derrota de España y de Europa tuvo una de sus manifestaciones más evidentes en el exilio, en la necesidad de huir, de escapar. El exilio, fuera español o judío, fuera a Francia o a Argentina. La huida, el intento por salvar la vida, la lejanía de la tierra y de las familias, vidas que se quedaban atrás y eran algo más que una derrota. No obstante, en este libro nos podemos acercar a una figura que permite entender ese exilio de otra manera. Las personas que ayudaban a otras a pasar la frontera española por los Pirineos, y a sobrevivir a la Guardia Civil, para creer que serían libres. Libertad, pero aquella Francia ya no era la idealizada. Manuel Chaves Nogales escribió que «Francia había llegado a enamorarse de su verdugo». También había sucumbido a la brutalidad.

Y así fue como el continente sucumbió al fascismo. Lo devoró todo. Incluso a algunas de las personas claves

de la cultura española (no solo del siglo XX). Como dicen los autores de este libro: «a Lorca lo mataron por ser él mismo». Silenciaron a los maestros y maestras, a los y las escritoras, a periodistas, a científicos. En efecto, personas que fueron asesinadas, que murieron fuera de su país o fueron condenadas a un eterno exilio. Machado, Pablo Picasso, y pienso en Luis Álvarez Cruz, desterrados. En Domingo Pérez Minik, condenado al exilio interior, o en Domingo López Torres, desaparecido. En gente que hizo de la creación y de la libertad un arte sublime (y tremendamente peligroso). Pero también recuerdo las voces anónimas que nadie pintó, ni escribió, ni escuchó.

Cuando llegaron los cuervos, como canta Enrique Villarreal «El Drogas» (ex líder de Barricada), «rompen la luna. Llegan los cuervos y no se van». Pero hubo quienes les hicieron frente. Personas que en su mayoría fueron abatidas por la Guardia Civil o detenidas, y luego torturadas. Principalmente, integraban el maquis, la guerrilla antifranquista. Curiosamente, el 16 de octubre de 1944, de Gaulle reconoció a Franco. En aquella ocasión se firmó la orden de invasión, que se ejecutó a partir del día 19, por el valle de Arán. Una vez más, los olvidados.

Pero a pesar de todo, la resistencia, la lucha... Y entonces, recuerdo al herreño Atilano Quintero Morales, detenido e internado en un campo de concentración nazi. Finalmente, fue fusilado el 1 de agosto de 1947

por su pertenencia al maquis, en concreto a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Frente al fascismo la adaptación, e incluso el apoyo. Pero también la resistencia y la muerte. Una muerte como la del gomero Guillermo Ascanio Moreno y tantos otros.

¿Y después? La derrota del fascismo y el surgimiento del «continente salvaje», repleto de humanos que «estaban hambrientos, apesadumbrados y amargados por los años de sufrimiento que les habían hecho padecer» (Keith Lowe). Aquellos años no se desterraron con tanta facilidad como a veces parece. Al contrario, fue algo complejo y difícil.

En Alemania, el proceso de desnazificación no fue fácil, pero se hizo, y en este libro lo vemos. Los simpatizantes de los nazis formaban parte de la administración, de la justicia y de la sociedad. No nos olvidemos también de la gente común y corriente.

Quizás, esto obligaría a reflexionar sobre el por qué de sus dificultades (insuperables) en España, y que ni siquiera con el cambio generacional se afrontara del todo. En *Has regresado, viejo amigo*, Moshé Abramsky es ejemplo de alguien que se enfrenta al pasado, y que reivindica justicia frente al horror. Claro, y la figura de Fritz Bauer es fundamental. Es que no se trataba solo de borrar a los nazis de los puestos claves, y/o de eliminar símbolos de los espacios públicos. No. También había que «pedir perdón», como dice Sophie Vogel, y no tolerar y mirar para otro lado.



Todo eso y más, es este libro. Una obra que narra la Historia reciente, a través de sus personajes y sus vivencias.

Confío, estimado y estimada lectora, que entiendas este final. Desde hace tiempo me pregunto qué memoria estamos escribiendo, recordando y reivindicando. Hace ya años escuché a José Saramago decir algo que me parece decisivo, y que recuerdo de vez en vez, «¿por qué, para qué y para quién?». Y este libro me sugirió estas preguntas. Quizás, las dos primeras tengan respuesta en los párrafos anteriores. Aunque la última, ¿para quién?... Sé que Sandra y Juan José han escrito un libro que es más que una novela juvenil. Lo sé, pero sin duda esta obra es clave para los y las lectoras más jóvenes. Para todas las personas que lo lean, y para quienes ahora empiezan a escuchar ciertas cosas, este libro es muy enriquecedor. Así que mis palabras finales van para ellas y ellos.

Tú, que naciste cuando ya habían caído las Torres Gemelas, el redondeo del euro, y las hipotecas comenzaban a devorarnos. Entonces, las guerras preventivas se hicieron habituales, y nos llenaron de un lenguaje vacío para hacernos sentir felices en medio de la crisis económica del capitalismo. Tú, joven, que no conociste esa España de los años 30, y que siempre has escuchado el apellido del dictador, pero no tanto de su obra de sangre y división (ni sobre todo, el por qué de todo eso). Tú, por favor, dale todo el sentido a este

libro. Léelo, cuestionalo, pregúntate y pregunta..., piensa. Porque recordar, mantener viva la memoria, hará que «haya servido de algo tanto desvelo, para que no se pierda el poema bajo el sombrero, no olvidaré...» (Pedro Pastor).

Postdata para los autores: no recuerdo los años, pero sí los momentos. Antes de que estos libros llegaran a ser de papel, yo ya los conocía. Sabía de ellos y escuchaba atentamente a sus creadores. Fue algo así, digamos. Dos personas que se miran intensamente, que planifican, que hablan y que escriben. Sandra y la importancia de la Literatura. Juanjo y la Memoria Histórica: *El reloj de Elwinga*. También los escuché decir, «lo estamos escribiendo». En sus ojos brillaba la ilusión, la expectación y poco a poco los personajes fueron creciendo. Después llegaron las correcciones. Llamadas, videollamadas, y el maldito Covid-19. Aún así nacía la esperanza: *Has regresado, viejo amigo*.

Aarón León Álvarez

Santa Úrsula (Tenerife), 7 de octubre de 2021